

21 Marzo • 6 Mayo

Los cuadros de las Estaciones

Otras obras de Ramón Gaya

Academia de las Bellas

Artes en México

Gouache sobre papel, 27 x 46 cm. 1949



gracias a

ARTES GRÁFICAS
NOVOGRAF


MUSEO RAMÓN GAYA
AYUNTAMIENTO DE MURCIA

El lugar de la pintura

Entre los visitantes apresurados de museos y galerías de pintura, los hay que, antes de mirar el cuadro que tienen delante, se abalanzan a leer la cartela que lo acompaña, como si ahí se hallara su esencia o un elemento sustantivo de esa obra. Desde luego, tal costumbre puede ser un punto de partida y no suele estar de más si el museo en cuestión es de pintura contemporánea, dado que gran parte de ella tiene más de burda contemporaneidad (o sea, de anécdota, de moda transitoria) que de pintura, y en muchos casos la etiqueta vale tanto o más que aquello sobre lo que informa. La pintura de cualquier siglo o es contemporánea –de ahora y de siempre– o no pasa de ser un testimonio «artístico» de su tiempo histórico. Y cuando

ocurre lo primero –que es verdaderamente actual–, esas informaciones adicionales de la cartela resultan ociosas o superfluas. Esto sucede, me parece a mí, con las creaciones de Ramón Gaya.

Siempre se produce, no obstante, alguna sorpresa: el motivo de este cuadro, por ejemplo. Al contemplarlo, seguramente la mayoría pensaríamos que fue inspirado por algún lugar de Italia, una calle veneciana tal vez o quizá de Roma. Los colores terrosos del comienzo de esta perspectiva, las arcillas, los sienas tostados; la quietud que predomina en todo, en los bosquejados transeúntes (casi simbólicos de tan transparentes en su paso por las aceras), en los edificios de proporciones clásicas del comienzo y en la cúpula y en la torre del fondo; la bóveda celeste, entre azul y nacarada, a la que las arquitecturas conducen como una prolongación necesaria de ellas; todo esto, en fin, hace pensar en un escenario italiano. Sin embargo, se trata de la Academia de Bellas Artes de México, en 1949... Pese a que Gaya aún no había ido a Italia, en él había –como en Velázquez– mucho de este país, aun cuando su pintura naciera de temas mexicanos.

Sería fácil interpretar la presencia de la Academia en este cuadro como una alusión a lo que, en sus facetas más nobles, esta institución puede representar como preservadora –y continuadora– de la tradición pictórica. Una tradición de la que el pintor bebió con avidez a lo largo de su vida, y sobre la que meditó con honestidad y honda clarividencia. Porque el exilio mexicano fue también un exilio de la Pintura –de los grandes museos–, la patria verdadera para un pintor (fue precisamente en este periodo cuando Gaya inició sus homenajes a los maestros, entrañados en la serenidad de sus inconfundibles bodegonos). Pero ya digo que sería demasiado cómodo caer en la tentación de hacer fáciles interpretaciones, puesto que aquí, como en toda la obra de Gaya, no hay nada que aclarar, o al menos nada que él pretendiera que fuese dilucidado.

Hay quienes identifican el pensamiento con la palabra, cuando, a decir verdad, el pensamiento –incluso el pensamiento poético, que se sirve de las palabras– se origina al margen de ellas. En el Arte –no importa en qué arte– están los verbalistas y están los intuitivos. Llega un punto de madurez en el que los segundos perciben cumplidamente que cuanto escriben, componen o pintan acontece en el silencio y eso que crean no puede ser otra cosa que ese mismo silencio, un silencio iluminado, casi consciente, colmado de vida, que existe para sí mismo, ya que lo escrito, lo compuesto o lo pintado nunca ha sobrepasado esos límites. Pero es un silencio que podemos llegar a compartir, tal como sucede en este cuadro. En él, la realidad descubierta aparece arraigada dentro de la quietud de su propio instante, sumida en una intemporalidad que no tiene ningún parentesco con los realismos vulgares o garbanceros.

Es indiferente que el motivo sea un escenario mexicano o una copa junto a la réplica de una pintura; un asunto exterior o bien de puertas adentro. Aquí no parece que haya testigo alguno, ni que haya nada «personal». Sólo parece que nos limpien la mirada.

Antonio Moreno